



Enrique Cerdán Tato



Un viaje largo y esperanzador

-39-

Poco antes de las doce llegó al China Doll. La sala estaba casi a oscuras y el pianista no hacía sino bostezar, mientras tocaba una música tristonra y leve.

-Un coñac con hielo -pidió.

El barman le sirvió mecánicamente, sin tan siquiera mirarlo.

-¿Cuánto es? -preguntó con voz desinflada.

-Veinticinco pesetas.

-¿Veinticinco pesetas?

-Veinticinco pesetas, señor.

Pagó y se volvió hacia la pista. Bajo el gran poliedro de cristal, algunas parejas permanecían estrechamente unidas, casi sin moverse. Así van las cosas como van, pensó.

Ya eran las doce y diez, de modo que Gonzalo no tardaría mucho en llegar. Apuró el coñac y pidió otro. Resultaba excesivamente caro, pero no sabía qué hacer allí, frente a la hermosa barra, entre todas aquellas gentes distinguidas y melancólicas. De cualquiera

manera, se encontraba cohibido en aquel ambiente, molesto, nervioso, y sin acertar en ningún momento con la actitud adecuada.

-¿No habrá visto usted a Gonzalo, eh? -preguntó de pronto.

Pero el barman continuó limpiando algunos vasos, y tuvo que repetir la pregunta con decisión.

-Por favor, ¿ha visto a Gonzalo?

El barman levantó la cabeza y pareció mirarlo, pero sin detenerse en su faena.

-¿A Gonzalo...? ¿A qué Gonzalo?

Iba a replicar, pero se contuvo. No recordaba, por cierto, el apellido de su amigo. Claro que no resultaba difícil identificarlo. Así es que agregó:

-A Gonzalo; ese que le falta un dedo en la mano izquierda.

El barman sonrió imperceptiblemente, se acodó en la -40- barra y lo miró casi con descaro.

-¿Un dedo, no...? ¿Ha dicho que le falta un dedo?

Hizo un gesto afirmativo, ya más nervioso que nunca, y dio un trago.

-¿Y qué dedo le falta, señor?

Estuvo a punto de atragantarse. ¡Qué diablos importaba el dedo que fuera!

-Lo lamento, pero no puedo ayudarle. Con tan pocos detalles... -dejó de sonreír y volvió al trabajo.

¡Imbécil! Aquel tipo había querido burlarse de él. Pero demasiado bien sabía que Gonzalo era sobradamente conocido por allí. Lo decía en su nota. Sacó el arrugado papel de su bolsillo y lo leyó de nuevo: «A las doce, en el China Doll. Pregunta por mí en cuanto llegues. Gonzalo». La cosa no podía estar más clara. De modo que si aquel tipo tenía ganas de broma, no iba a ser él quien se las quitase. Pidió otro coñac y dijo con aire festivo:

-El gordo, ¿sabe usted? Ese es el dedo que le falta.

El barman se quedó un tanto perplejo. Luego se aproximó y le susurró casi al oído.

-¿De veras quiere usted otro coñac, señor?

Bebió con rabia mal contenida. Aquel imbécil comenzaba ya a cargarle con sus insolencias.

De pronto, el pianista pareció despertar. Un ritmo acelerado y pegadizo hizo que las parejas abandonaran su languidez y se precipitaran en un torbellino frenético y altamente estimulante. Bebió otra vez. Todo iba bien. Sólo eran las doce y media, y Gonzalo ya no podía tardar mucho. Fue entonces cuando se acercó la muchacha. Olía a menta silvestre, estaba seguro.

-¿Me invitas? -dijo.

Olía también a arcilla, pero tenía que renunciar. Todo estaba dispuesto para el gran viaje y sólo faltaban ocho horas. Ocho horas. Después la mar y una vida recién cortada y bien envuelta en papel de plata. No. A pesar de todo, tenía que renunciar.

-Lo siento -dijo, sin saber exactamente qué era lo que decía-. Es que aguardo a Gonzalo, ¿comprende?

Y ya después de que la muchacha se hubo ido, advirtió cómo la sangre se precipitaba estúpidamente en sus mejillas. Por supuesto, nunca aprendería a comportarse en aquel -41- mundo tan extraño como inaccesible.

Anduvo hasta un ventanal y atisbó por entre las pesadas cortinas; sobre las montañas brincaba la llama oxhídrica de la tormenta. Las primeras gotas salpicaron los cristales y los lujosos automóviles aparcados en la explanada que se abría frente al China Doll.

Mañana todo esto me parecerá un sueño, se dijo. Volvió al cobijo de la barra y pidió un cuarto coñac. Le temblaban algo las piernas y no disponía de mucho dinero, pero era su última noche, ¡qué diantre!

Por entonces llegó aquel tipo gigantesco y de pelo color zanahoria, a quien el barman llamó señor Brawnny.

El señor Brawnny tomó asiento junto a él en el mostrador, y dijo con acento extranjero y gangoso que le sirvieran lo de costumbre. El barman le puso delante un vaso alto y lleno de hielo, en el que vertió una considerable cantidad de whisky.

En un principio, aquel tipo se limitó a beber tranquilamente. Pero poco después, y sin mediar palabra alguna, lo invitó a una copa, mientras le ceñía los hombros con uno de sus poderosos brazos.

Trató de excusarse, pero el señor Brawnny dijo que no entendía e insistió en la invitación. Finalmente -y sin necesidad de que él se decidiera-, el extranjero hizo una seña y el barman le sirvió otro whisky. Nunca había probado aquello, pero bajo la mirada irónica del barman, lo tomó casi de un solo trago. Tenía un sabor desagradable - a naftalina, quizá-, aunque ya le era indiferente. «¡Olé!», gritó el señor Brawnny cuando lo hubo terminado, y le dio un codazo en las costillas, mientras reía muy divertido.

Miró el reloj: pasaban algunos minutos de la una. Era, pues, necesario hacer algo. Tal vez Gonzalo anduviera por allí cerca con alguna chica por entre la penumbra de la sala. Fue a levantarse, pero el gigante lo alzó por un hombro y volvió a dejarlo en el taburete. Su vaso estaba lleno de nuevo y el señor Brawnny lo miraba con una amplia sonrisa.

-Necesito encontrar a Gonzalo, ¿entiende usted? -balbució.

Pero era inútil. De manera que volvió a tomar de aquello, ya sin importarle en absoluto el sabor a naftalina o a lo que fuere. Quiso entonces ponerse en pie, pero perdió el equilibrio -42- y tuvo que agarrarse al extranjero. Estaba más borracho de lo que él mismo había creído. Bueno, disponía de dos semanas para dormir tranquilamente la borrachera.

De repente empezó a reír y miró al señor Brawnny con abierta simpatía. En realidad, no tenía por qué disgustarse. Era un hombre feliz. Le esperaba un largo viaje y una vida llena de promesas. Sí, todo iba bien. Por eso había estado ahorrando durante meses y meses. De modo que un poco de alcohol o un simple retraso de Gonzalo no podía causarle ningún serio contratiempo. Además, aún era muy temprano. Incluso podía estar bebiendo, si le daba la gana, hasta un par de horas antes de salir el barco. Una vez Gonzalo le hubiera dado todos aquellos dichosos papelotes y el pasaje, no tenía más que acercarse a la pensión, recoger sus maletas y bajar al muelle en el mismo taxi.

Del piano brotaba ahora un ritmo conocido y antiguo. Miró la pista y vio al señor Brawnny bailando con la misma chica que poco antes se le había insinuado. Bailaban a saltitos. Era muy divertido verlos. En particular al señor Brawnny. El señor Brawnny parecía mismamente un oso, uno de esos osos bobalicones que los húngaros llevan de pueblo en pueblo. Sí, el señor Brawnny era un oso que iba a pagar su tercer whisky. Tercer whisky. No estaba mal aquello. Y ya había desaparecido definitivamente el sabor de naftalina. Entornó los ojos. Aquel poliedro de cristal, con su luz incolora, le producía vértigo.

No se dio cuenta de que estaba medio dormido hasta que el señor Brawnny, siempre muy sonriente, por supuesto, lo zarandeó una y otra vez. Cuando consiguió abrir los ojos, el China Doll se encontraba casi vacío.

-¿Y Gonzalo...? ¿Ha venido ya Gonzalo?

El barman soltó una palabrota y se fue hacia el otro extremo de la barra moviendo la cabeza.

Entre el señor Brawnny y la muchacha lo arrastraron hacia la puerta. Sintió náuseas y contuvo el vómito a duras penas. Pero era necesario aguardar hasta el último instante. Trató de zafarse, pero no logró más que escurrirse y dar de costado en el suelo, como si fuera un pelele. Tuvo que ponerlo en pie un camarero, en tanto el gigantón y su amiga se reían a carcajadas.

-Tengo que esperar a Gonzalo... ¿Me oyen...? Es necesario.

-43-

Pero resultaba inútil. Apenas si podía hablar y nadie se preocupaba de lo que decía. Por último, hizo un esfuerzo desesperado.

-Por favor..., yo..., mañana... ¡Por favor!... -sollozó entre ronquidos.

Debían de estar ya al aire libre, porque sintió las gruesas gotas del chaparrón patinándole por la frente. Algo aliviado, procuró recobrar la conciencia de cuanto estaba sucediendo, pero era demasiado tarde y ya todo giraba en su cabeza vertiginosamente. A empujones, lo metieron en un coche y se quedó adentro, en la parte posterior, incapaz de no hacer sino lloriquear, en tanto el automóvil arrancaba como una exhalación.

-Gonzalo... Tengo que ver a Gonzalo... -murmuró poco después.

Alguien lo cogió por el pelo. Abrió los ojos y vio el rostro sonriente -con una sonrisa cruel y despectiva- de la muchacha muy cerca del suyo.

-¿Por qué no cambias el disco, monín?

Antes de perder el conocimiento, percibió, por entre las amables explosiones del motor, la voz del señor Brawnny que canturreaba en un idioma bárbaro.

Cuando volvió en sí, el auto estaba parado. Se incorporó a duras penas y miró a través de la ventanilla: una playa desierta y fantasmal se extendía frente a él. En los asientos delanteros descubrió al señor Brawnny y a la chica estrechamente abrazados. De pronto, ella se desprendió del abrazo y gritó que iba a bañarse. Los vio correr hacia el mar, persiguiéndose entre risas nerviosas.

Luego se dobló sobre sí mismo y comenzó a vomitar.

Cuando se despertó, un cielo frágil y lejano flotaba sobre él. Cerca alborotaban los pájaros. Se levantó, perplejo y todavía aturdido por el alcohol. Estaba solo, en medio de abruptas colinas. Dio unos pasos, sin salir de su estupor, se llevó las manos a la cabeza y recordó: el China Doll, la muchacha, el extranjero aquel, Gonzalo... ¡Gonzalo! Sólo faltaba un cuarto para las ocho y su barco salía a las ocho. ¡Dios! Echó a correr desesperadamente. Alcanzó la carretera y siguió corriendo. Tras una curva barruntó la ciudad en el fondo del valle, a unos veinte kilómetros y bajo un sol benévolo y reciente.

-44-

Tiene que pasar algún coche, es necesario que pase algún coche, se dijo mientras alargaba sus zancadas. Y continuó corriendo, hasta que ya no pudo más y se abalanzó sobre la hierba húmeda aún de la cuneta. Durante varios minutos permaneció como había caído, con la cabeza escondida entre los brazos. Finalmente, se puso en pie, y descendió por la suave cuesta hacia la ciudad.

-45-

△▽

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

